

*Las*

**CIENCIAS**

*y las*

**BELLAS ARTES**

*en la*

**REVOLUCIÓN FRANCESA**

**Marcel Prenant**

**Joseph Billiet**



**Biblioteca Virtual**

**OMEGALFA**

**2017**

*Entre los diversos ensayos que aparecieron en Francia como homenaje al ciento cincuenta aniversario de la Revolución Francesa, en 1939, hemos seleccionado dos que el lector encontrará en las páginas siguientes:*

*“La Revolución Francesa y las ciencias”, de Marcel Prenant, y “La Revolución Francesa y las Bellas Artes”, de Joseph Billiet.*

*La fuente utilizada por nosotros es: “La Revolución Francesa”, versión al español de Rodolfo García Higuera, editada por Grijalbo, S.A., México, D.F., 1968.*

*Maquetación: Omegalfa, 2017.*

---

### **Índice:**

La Revolución Francesa y las Ciencias.....	3
La Revolución Francesa y las Bellas Artes.....	13



## LA REVOLUCION FRANCESA Y LAS CIENCIAS

**L**A Revolución Francesa tuvo un profundo efecto sobre todo lo humano: esto fue especialmente cierto en el campo científico. No porque, de hecho, durante el corto período revolucionario se hicieran descubrimientos científicos numerosos o particularmente importantes, sino porque la Revolución trajo consigo, de un lado, una reorganización de las instituciones para la investigación y el aprendizaje científico, y, del otro lado, por la vinculación de la ciencia con las necesidades de la nación. En tercer lugar, liberó el pensamiento científico.

El desarrollo moderno de la ciencia natural había comenzado tres siglos antes, simultáneamente con el desarrollo de la burguesía manufacturera y comercial. Esto siguió a la larga apatía imperante durante todo el período feudal. Los médicos árabes del siglo xv, aunque eran los mejores naturalistas de su época, habían hecho, sin embargo, pocos progresos en su ciencia que no fueran ya conocidos por la Antigüedad, y especialmente por Aristóteles, dieciocho siglos antes.

En los países cristianos, la situación era aún peor, debido a la influencia de la Iglesia; a pesar de que los monjes desempeñaron un gran papel en la preservación de la cultura antigua, la enriquecieron muy poco, casi nada. Hasta donde existía una ciencia natural progresista, ésta estaba en manos de alquimistas que trabajaban clandestinamente, por miedo a ser acusados de brujería.

A partir del siglo xv, la situación cambió. Los grandes viajes y las exploraciones de los países lejanos, que habrían de hacer la fortuna de la burguesía, demandaban medidas astronómicas precisas, y esto dio lugar a la manufactura del primer telescopio astronómico.

De los países recién descubiertos se trajeron cantidades de animales y plantas exóticas desconocidas, bien como curiosidades, bien con esperanza de lucro. Por otro lado, los lentes telescópicos trajeron consigo los primeros microscopios, lo que abrió ante la ciencia la investigación de todo un nuevo campo de seres vivos. De este modo, la ciencia natural progresó enormemente en poco tiempo. Por otro lado, de las investigaciones de los alquimistas surgieron procedimientos que podían aplicarse a las nuevas empresas industriales: por ejemplo, la amalgama del oro con el mercurio que, utilizada en gran escala en el siglo xvi, en las colonias hispanoamericanas, enriqueció al rey de España.

De esta manera, durante el siglo xvi surgió el movimiento científico del Renacimiento, que más tarde se desarrolló ampliamente. Las necesidades de las nuevas ciencias y particularmente de la astronomía, condujeron al desarrollo de las matemáticas. El éxito de las ciencias positivas produjo métodos nuevos de pensamiento. En los siguientes doscientos años, pueden anotarse muchos nombres famosos. Nombremos casi al azar: Gutenberg, Rabelais, Galileo, Descartes, Pascal, Newton.

La física como ciencia real data del siglo xvii. Durante este período, se fundaron universidades, museos, jardines zoológicos y botánicos en gran número de pueblos de Europa. Se organizaron sociedades donde los científicos podían reunirse y comunicarse sus descubrimientos los unos a los otros.

En el siglo xviii, todo esto se desarrolló aún más, cuando la burguesía convirtió su posición económica en decisivamente dominante. La zoología y la botánica habían progresado lo suficiente para que se pudieran clasificar los seres vivientes, lo que es todavía la base de nuestro conocimiento científico. La química, finalmente,

también se convirtió en una ciencia real, liberada de las nociones confusas de la alquimia. Se formularon grandes síntesis. Buffon propuso por primera vez, aunque tímidamente, la hipótesis de la evolución de las formas vivas. Los enciclopedistas trataron de recoger todo el conocimiento de que hasta entonces se disponía y su éxito posibilitó el desarrollo de las filosofías materialistas.

Un público considerable se daba cuenta del proceso: entre la nobleza educada y la burguesía, muchas personas se interesaron apasionadamente en la física o en la ciencia natural; practicaban la botánica imitando a Jean Jacques Rousseau; o tomaban cursos de física muy en moda como aquellos en que el abate Nollet presentaba los experimentos en electricidad y otros fenómenos curiosos. El rico Lavoisier hizo una aportación esencial a la fundación de la química moderna.

Como en los asuntos políticos, se hizo necesario un reajuste en el campo científico en víspera de la Revolución Francesa. Las instituciones científicas eran insuficientes para las nuevas necesidades, y las que existían tenían características anticuadas, que obstaculizaban el desarrollo de las ciencias, del mismo modo que la naturaleza anquilosada de las instituciones políticas obstaculizaba el desarrollo económico.

Existía, por ejemplo, en París, una fundación llamada el Jardín du Roi (Jardín del Rey), organizado bajo Luis XIII, vivero de las plantas y animales curiosos traídos vivos de tierras lejanas. Ligado al Jardín existía lo que se llamaba el Gabinete de Historia Natural del Rey, donde se guardaban y clasificaban los ejemplares recibidos. Vinculados a este Gabinete había algunos buenos naturalistas; pero eran demasiado pocos en número para las tareas, que aumentaban continuamente. Además, la dirección del Jardín era confiada a un intendente nombrado por el rey —y, naturalmente, escogido de entre sus cortesanos—. Podría ocurrir que el intendente fuese buen naturalista: este fue el caso del conde de Buffon. Pero Buffon renunció en 1771, y el puesto cayó sucesivamente en

manos de dos incapacitados ignorantes, el conde D'Angivilliers, y el conde de la Billarderie. El resultado fue que el jardín y el gabinete se orientaron por sendas falsas: había menos preocupación por la enseñanza de los hechos que por ofrecer un espectáculo amable a los paseantes ociosos de la alta sociedad. Por ejemplo, no se vacilaba en arreglar los ejemplares para hacerlos más atractivos a la vista.

Los naturalistas del Jardín se disgustaban; pero hasta el año 1789 no pudieron expresarse, y en su pequeño campo comenzaron la acción revolucionaria que condujo a la transformación del Jardín en un Museo Nacional de Historia Nacional. La ocasión la ofreció una verdadera provocación, que los llevó a defender el pan de dos de sus miembros. En julio de 1789, el Comité de Finanzas de los Estados-Generales, encargado de hacer economías, comenzó a “tumbar cabezas”. Examinando las finanzas del Jardín del Rey, propuso suprimir dos de los puestos, ya insuficientes, de naturalistas; uno de los puestos amenazados lo ocupaba el celebrado Lamarck, que luego llegó a ser uno de los fundadores de la teoría de la evolución. Los científicos afectados protestaron ante la Asamblea Nacional sugiriendo que sería mejor suprimir el puesto completamente inútil de intendente, lo que sería una economía mucho mayor, toda vez que el intendente recibía 8,000 libras anuales.

Debido a esto, los naturalistas del Jardín pidieron permiso para presentar a la Asamblea un plan de reformas necesarias para su establecimiento. Se reunieron el 25 de agosto de 1789, para redactar este plan y, aunque el intendente, que representaba al rey, estaba presente, eligieron entre ellos un presidente, el capacitado zoólogo Daubentón. En la segunda reunión, el intendente, la Billarderie, ya no se atrevió a hablar y, a partir de la tercera reunión, no se atrevía ni a asistir. Los naturalistas redactaron un plan que enviaron a las autoridades, pero fue olvidado por algún tiempo. Fue la Convención, en junio de 1793, la que aprobó un decreto para

ponerlo en práctica. En el Museo Nacional de Historia Natural, que se creó entonces, no había un intendente: las desigualdades que habían existido entre los naturalistas del Jardín fueron suprimidas, y todos eran catedráticos en plan de igualdad: se reclutaban mediante elección y elegían sus directores entre sí. La enseñanza se había triplicado, puesto que a los tres cursos de química, botánica y anatomía, que existían antes de 1789, se habían añadido otros siete, principalmente sobre zoología, anatomía comparada, mineralogía, geología. El museo ya no era simplemente un paseo para los ociosos, sino un establecimiento realmente científico. Colaborando con el trabajo de educación del pueblo, al que la Convención daba tanta importancia, se le encargó, además, la preparación de colecciones sobre historia natural para las escuelas centrales de los departamentos, que acababan de establecerse, y fueron el origen de nuestros liceos.

Como puede verse, la reforma que dio lugar al Museo fue realizada por la Convención como resultado de una acción pequeña, pero verdaderamente revolucionaria al lado de la grande, efectuada desde 1789 por los naturalistas del Jardín contra el poder del intendente real. Fue de un beneficio considerable para las ciencias naturales, lo que, sin embargo, no impide que sobre esta cuestión, como sobre otras, los difamadores sistemáticos de la Revolución utilicen continuamente la calumnia; en la *Histoire de la Nation Francaise*, de Hanotaux, el catedrático Caullery no tiene inconveniente en escribir que la Revolución "casi" había destruido las ciencias naturales. Como hemos visto, le rindió el mayor servicio.

El mismo autor reprocha también a la Revolución el haber suprimido la Academia de Ciencias, otra institución del viejo régimen, fundado por Colbert en 1666. Es cierto que el 8 de agosto de 1793, la Convención promulgó un decreto disolviendo todas las academias, sociedades literarias o científicas, y se apropió sus bibliotecas y colecciones como propiedad pública. Sin embargo, debe admitirse que esta medida fue en gran parte justificada por el pa-

sado y la organización de la Academia de Ciencias. Lejos de tener derechos iguales, sus miembros estaban divididos en diferentes categorías, algunas de las cuales no tenían el derecho a hablar. La primera categoría bajo aquel régimen estaba compuesta de aristócratas incompetentes y de cortesanos nombrados por el rey, y sólo ellos podían ser presidentes o vicepresidentes. La Revolución suprimió la Academia y actuó sabiamente. Además, desde 1795 se creó el Instituto de Francia, con una Academia de Ciencias establecida sobre bases nuevas y saludables.

Pero los cuadros científicos de que disponían ya no eran suficientes para satisfacer las necesidades del nuevo régimen que luchaba por su existencia haciendo frente a toda clase de problemas. Para las necesidades militares, el salitre era necesario: se requerían métodos nuevos para moldear cañones y otras armas; urgía perfeccionar los inventos técnicos que efectivamente se aplicaban por primera vez, tales como la aerostática militar y la óptica telegráfica ideados por Chappe. Las necesidades del comercio demandaban la unificación de las pesas y medidas; lo que originó la generalización del sistema decimal y la creación del sistema métrico. Pero la definición del metro relacionándola con las dimensiones del globo reclamaba nuevas medidas astronómicas. De estos nuevos problemas, y muchos otros, surgió toda una serie de nuevas investigaciones. Trataremos aquí sólo de aquéllas vinculadas con la unificación de las pesas y medidas.

Esta unificación fue pedida en 1789 por muchos de los *Cahiers de Doléances*, puesto que las unidades de medidas variaban de una provincia a otra, y, además, las subdivisiones de las distintas unidades no eran decimales, haciendo, por lo tanto, los cálculos muy complicados. Por consiguiente, hubo muchos errores y pérdida de tiempo en el comercio. Ya en 1790 la Asamblea Constituyente adoptó una propuesta de unificación. Pero el deseo de no limitar la reforma a la frontera francesa (la misma aspiración hacia la universalidad expresada en la Declaración de los Derechos del Hom-

bre), obligó a escoger unidades de medidas igualmente válidas para todos los hombres. Se organizó una comisión formada por los grandes científicos Borda, Lagrange, Laplace, Monge, y Condorcet, quienes escogieron como unidad fundamental el metro, definido como “una diezmillonésima de la cuarta parte del meridiano terrestre”.

La ley de 30 de marzo de 1791 prescribió la necesaria operación astronómica, en particular la determinación de la diferencia en latitud entre Dunquerque y Barcelona, que los astrónomos Delambre y Méchain llevaron a cabo entre 1792 y 1799. Sin esperar la terminación de estos experimentos, todas las unidades del sistema métrico fueron definidas por la ley del 18 de Germinal del año III, y el físico Lefevre-Gineau determinó la relación del kilogramo con los pesos variables que entonces estaban en uso. Cuando esta obra se terminó, el Directorio estaba en posición de invitar a todos los países civilizados a participar en el establecimiento definitivo del sistema. Desde el principio, España, Dinamarca, Cerdeña, Toscana y las repúblicas hermanas de Italia, se adhirieron. Como es sabido, casi todos los países del mundo han adoptado el sistema métrico como el más conveniente, y de este modo han cumplido el deseo de los revolucionarios de trabajar para todos los pueblos.

Todo esto demuestra el interés de la ciencia en el bienestar público. El desarrollo industrial burgués exigía técnicos. De este modo, en 1794 se crearon, de un lado, la Escuela Central de Obras Públicas, que más tarde se habría de llamar Ecole Polytechnique y en la que se graduaron un gran número de científicos, oficiales, ingenieros y de otro lado, el Conservatorio de Artes y Oficios.

La colección original de máquinas y tejedoras de la última fue una colección que el bien conocido inventor Vaucanson había legado al Gobierno Real. Aumentada con ciertos ejemplares, fue entregada al Conservatorio de Artes y Oficios por decreto de la Convención, que lo fundó en 19 de Vendimiario del año III. Según preveía el decreto, los instrumentos originales y las máquinas inventadas o

perfeccionadas tenían que depositarse en el Conservatorio, y tenían que organizarse conferencias que explicaran la construcción y el uso de las herramientas y máquinas útiles a las artes y oficios. De acuerdo con esto, había en el Conservatorio tres demostradores, un diseñador y una pequeña escuela de mecánica práctica. El interés directo que esta creación tuvo para la burguesía en el poder y para el naciente proletariado, puede verse fácilmente.

Limitémonos a enumerar, además, el establecimiento de ciertas instituciones, total o parcialmente científicas: el Bureau de Longitudes, la Biblioteca Nacional, la Escuela Normal Superior, y varias escuelas de medicina. Debe notarse que el deseo de desarrollar la enseñanza científica también afectó a la organización de la educación secundaria. En las escuelas centrales de los departamentos, se dio un lugar más prominente a las ciencias aplicadas que en el *curriculum* de los colegios del antiguo régimen, mientras que, por otro lado, se dio menos importancia al latín y al griego. Ya hemos visto cómo el Museo estaba colaborando en esta educación científica concreta, preparando colecciones para las escuelas centrales. Después de todo esto, los enemigos de la Revolución aún la calumnian tratando de demostrar que afirmaba que “no tenía necesidad de sabios”. La República necesitaba sabios porque la burguesía, que la dirigía, los necesitaba; y lo demostró.

No olvidemos que en la época de los descubrimientos científicos más importantes, la Revolución estaba en una terrible situación, teniendo que pelear una guerra exterior contra la coalición; al mismo tiempo tenía sobre la espalda el cuchillo de las insurrecciones en la Vendée y de los girondinos. Pero la Convención, dirigida por los montañeses, se mantuvo lo bastante serena para fundar nuevos planteles de enseñanza y prestar atención a colecciones y bibliotecas. Es bastante evidente que el poder popular, hasta cuando estuvo amenazado por la fuerza, no perdió de vista los intereses de la ciencia y la educación. Es un ejemplo que, más cerca de nuestra época, fue renovado por la Comuna en 1871, el poder

soviético en 1918, y el Gobierno Republicano Español durante sus tres años de lucha.

Además, para atacar a la Revolución, los enemigos a menudo la acusan de haber guillotinado al gran químico Lavoisier. Es cierto que esto probablemente fue una pérdida para la ciencia. Pero no debe olvidarse que Lavoisier, más que químico, era un alto funcionario de la realeza, es decir, que había aplastado al pueblo sin piedad. Por otro lado, muchos hombres de gran valor científico fueron colocados en posiciones importantes: el matemático Monge fue ministro; los químicos Fourcroy y Guyton de Morveau fueron miembros de la Convención; estudiosos como Lagrange, Berthollet, Vauquelin, Hauy, Jussieu, Brongniart, Lacépède y muchos otros sirvieron lealmente a la República. A la edad de veinte años, el anatómico Bichat fue nombrado catedrático de la Escuela de Medicina de París por la Convención; y la elección fue tan feliz que Bichat, aunque murió joven, pudo fundar o renovar por completo varias ciencias.

Mencionamos separadamente a tres grandes naturalistas: Lamarck, Cuvier y Geoffroy Saint-Hilaire. Hemos visto que el primero, en 1789, ocupaba un puesto secundario en el Jardín del Rey y que hasta su sustento estaba amenazado. Fue la Revolución la que lo hizo catedrático del Museo y le dio medios materiales que lo capacitaron para llevar a cabo su obra genial. En cuanto a Cuvier y Geoffroy Saint-Hilaire, que eran mucho más jóvenes que él, fueron designados, en plena juventud, por la Convención para ocupar cátedras en el Museo. Estos tres naturalistas habrían de dominar científicamente en los comienzos la apertura del siglo xix. Si en dos años, el régimen revolucionario hizo catedráticos a estos tres hombres y a Bichat, se puede afirmar que se preocupó por la biología.

Sería injusto olvidar que si la Revolución dio a Lamarck y a Geoffroy Saint-Hilaire los medios materiales para exponer más tarde teorías evolucionistas, también les dio los medios morales.

Hablando científica y objetivamente, la teoría de la evolución de las especies vivas, que hoy consideramos como una de las adquisiciones más indestructibles del conocimiento humano, fue posible desde el momento en que, en el siglo xviii, se había llevado a cabo un inventario suficiente de las especies animales y vegetales. Buffón lo había ya delineado tímidamente, y Diderot lo había previsto. Pero entonces aparecía demasiado contradictorio frente al orden establecido y a los prejuicios religiosos. Censurado por la Facultad de Teología de la Sorbona, Buffón se retractó. Cuando Lamarck, en 1809, formuló de nuevo la misma teoría sobre una base científica más sólida, aún halló hostilidad social y cierta incompreensión que no pudo sobrepasar. Pero, al menos, no tuvo frente a él una fuerza oficial que lo hubiera hecho temer por su seguridad personal. Ello se debió a que, mientras tanto, la Revolución Francesa había determinado un gran avance en la libertad de pensamiento.

La Revolución Francesa tuvo lugar bajo el signo de la victoria de la Razón. Libertó a la ciencia de los obstáculos puestos en su camino por el sistema social que había superado, unió a la ciencia y a la nación en el mismo esfuerzo liberador. Hoy la reacción fascista pone en entredicho, simultáneamente y con igual violencia, el valor de la ciencia y de los principios de 1789: señal de la debilidad del régimen. Igual que en la época de la Gran Revolución Francesa, la alianza de la ciencia y del pueblo triunfará sobre todos los obstáculos del pasado, juntos realizarán el sueño de nuestros grandes revolucionarios de una sociedad basada en la fraternidad humana, en la libertad, y en la ciencia.

La felicidad del pueblo será una realidad plena, pese a los impedimentos que le crean los intereses establecidos. La ciencia estará al servicio de esa felicidad cuando definitivamente se rompan las trabas contra las que lucharon los grandes adalides de la Gran Revolución Francesa de 1789.

## LA REVOLUCION FRANCESA Y LAS BELLAS ARTES

**L**AS exposiciones organizadas para celebrar modestamente el 150 aniversario de la Revolución Francesa no se distinguen en su contenido de otras conmemoraciones históricas. En los documentos artísticos buscamos evocar el periodo que, como dijo Goethe, abrió “una nueva época en la historia del mundo”.

Estos documentos artísticos, productos de un trabajo de primera clase, presentados en monografías y colecciones, la mayor parte de los cuales aún existen, son, sin embargo, olvidados o desconocidos por la mayoría de los historiadores del arte. El que los artistas de la era revolucionaria nacieran todos antes o después de la Revolución, se convierte en excusa para clasificarlos de acuerdo solamente con las fechas, como del “siglo xviii o xix”. Y puesto que, por otro lado, ningún historiador del arte se ha propuesto ligar estos fenómenos artísticos con la totalidad de las condiciones económicas e históricas determinantes, algunos de los años más fructíferos que jamás ha habido para la orientación de la evolución artística, han sido pasados en silencio.

De este modo son deliberadamente olvidadas las razones que explican las transformaciones, no sólo en la inspiración de los artistas del siglo xix y en el trato que recibieron de la alterada sociedad, sino también de su técnica. Debe reconocerse, sin embargo, que

muchos juicios erróneos y sumarios han tenido que ser revisados, y, a pesar de los renegados y los falsificadores, el significado de la Revolución Francesa en lo que se produjo y en el desarrollo de las bellas artes, es implícitamente admitido.

### **La posición de las Bellas Artes antes de la Revolución**

Hasta los mismos años que precedieron y prepararon la Revolución, la sociedad francesa, representada por aquellos que hacían pedidos de obras de arte o las utilizaban —es decir, la realeza, la nobleza y unos pocos grandes burgueses— sólo consideraban al arte como señal de su poder, un accesorio de su comodidad o un medio de placer; los artistas eran sus sirvientes, menos íntimos y menos influyentes que sus propios criados.

Además, para adquirir alguna reputación y obtener buenas comisiones era necesario pertenecer a la Real Academia de Pintura y Escultura o a la Academia de Arquitectura. El ingreso a estas corporaciones sólo podía obtenerse después de estudiar con maestros ansiosos ante todo de conservar junto con sus propios privilegios, su autoridad y su fama. Exigía cierta sumisión, que era opuesta a la sincera evolución de las cualidades individuales.

Esta subordinación social y las condiciones más o menos humillantes que se exigían para ser admitido como maestro y lograr el derecho a la vida que ello facilitaba, iba acompañada, casi siempre en cuanto a los artistas, a una falta de cultura que era perjudicial a la expansión de su arte, y les cerraba todas las salidas menos las de su especialidad como artesanos.

Otra tiranía que los perseguía era la de la moda. Antes de la Revolución el único Salón en que era posible a los artistas exhibir su obra con éxito era el de los Señores de la Real Academia. A los artistas que no eran miembros de la Academia, estaba abierta, sin

embargo, la exhibición de la Academia de Saínt-Luc y la de la Juventud. Pero aun en la de Saint-Luc era necesario ser miembro asociado, y así formar parte de la corporación. Naturalmente, los clientes iban a aquellos que ya tenían renombre, lo que cerraba el camino a toda novedad, a toda investigación fuera de lo ya conocido. De aquí surgía, sin duda, la seca monotonía de la mayor parte de los artistas del siglo XVIII, retratistas lisonjeadores, ilustradores obscenos y decoradores de telas, ingeniosos e infatigables explotadores del estilo en que brillaban y cuya hueca facilidad hoy nos desconcierta.

Antes de la Revolución y de la creación de museos, sólo se podía aprender arte en los estudios de los maestros, y conocer exclusivamente las obras de éstos, con excepción de muy pocos artistas del pasado y extranjeros que pudieran ver en casa de los coleccionistas. Se necesitó la Revolución para recoger los tesoros de las colecciones reales, de las iglesias, los monasterios y de los individuos ricos para que los ojos de los artistas se abrieran a las inmensas posibilidades de la educación directa, rica en toda experiencia humana.

La influencia de los filósofos y de los enciclopedistas mejoró moralmente la posición social de los artistas, a lo que contribuyó mucho la estimación hacia los escritores y la moda de las teorías estéticas.

Estas teorías estéticas, estimuladas por los descubrimientos arqueológicos, primero en Roma y después en Grecia, se desarrollaban en medio de las contradicciones que reflejaban la inestabilidad y el desequilibrio de la sociedad. Al oponerse al gusto predominante del siglo XVIII implícitamente condenaban. al menos, este desequilibrio, aunque buscaban remediarlo por medios ideológicos, necesariamente inefectivos.

Las ideas y teorías de estetas como Ouaternére, de Quincy y David, con sus mismos conflictos, son significativas, igual que las ideas surgidas en torno a los enciclopedistas en cuanto al esfuerzo por

explicar según las leyes de la naturaleza las leyes de las agrupaciones sociales y de la producción, de cuánta atención prestaba la sociedad prerrevolucionaria —ya orientada en principio a la liberación del artista— a los problemas artísticos y, en particular, a la relación del arte con la sociedad, al papel educativo del arte y a su poder civilizador.

Pero solamente la Revolución podía llevar a cabo esta liberación de los artistas y divulgar sentimientos artísticos entre las masas; sólo ella podía enriquecer la información y desarrollo de la sensibilidad, la inteligencia y la conciencia de los artistas, renovando de ese modo aquellas fuerzas de la transformación humana y la autoexpresión que caracterizan la prodigiosa evolución del arte del siglo xix.

### **Los Institutos de Arte de la Revolución**

El concepto, aún vago, pero generoso, de la relación del arte con la sociedad, y del papel del arte en la organización de la vida cultural —una concepción que vio la luz del día en tantos escritos de la época prerrevolucionaria— no fue olvidado por aquellos que realizaban la dura tarea de substituir el aparato putrefacto del antiguo régimen con el nuevo marco de los Derechos del Hombre y el Ciudadano.

La Constituyente fue la primera que nombró, en diciembre de 1790, un Comisionado de Arte, responsable de la conservación de las obras de arte. Estaba vinculado al comité encargado de confiscar las propiedades del clero. Y su decreto del 21 de agosto de 1791, suprimiendo los privilegios de la Real Academia, abrió a todos los artistas, franceses y extranjeros, el derecho a exhibir en el Salón. Finalmente, también decidió terminar la Iglesia de Sainte-Geneviève y transformarla en un Panteón Nacional.

La Legislatura se preocupó de conservar los monumentos amenazados de destrucción por negligencia o por el vandalismo de los

especuladores.

Pero la principal labor de alentar a los artistas y de formar el gusto público, fue lograda por la Convención. Consistió esencialmente en la creación de museos y la organización de la educación artística.

La idea de hacer que las obras maestras fueran accesibles al público, en realidad había surgido ya a mediados del siglo xviii. Fue formulada en la Enciclopedia. Sin embargo, ni el esfuerzo de Lenormant de Tournchem, en 1750, ni el de d'Angiviller, en 1775, tuvieron éxito. El decreto del 26 de julio de 1791, por el cual la Constituyente ordenó que se coleccionasen en el Louvre y las Tullerías, “monumentos de ciencia y de arte”, preparaba el camino para el de la Convención del 27 de septiembre de 1792, ordenando la conversión del Louvre en un museo. Este fue abierto al público el 28 de Brumario del año II (18 de noviembre de 1793). El primer “Louvre” estaba lejos de ser perfecto. Faltaban muchas obras, dispersas por los castillos reales. Además, el espacio disponible, limpio de parásitos sobrevivientes de la corte, era bastante inadecuado. Hasta el año 1794, no se pudo ensanchar con las casas previamente ocupadas por la vieja Academia, al fin expulsada. En Floreal del año III, ocupó el Salón Carré, el Jardín de la Infanta, la Galería Apollon, la .Galería de Antigüedades, y la gran galería de la margen del río.

Su administración estuvo primero a cargo de una “comisión del Museo”, en la que había conocidos pintores como Vincent y Regnault. Esta fue reemplazada desde el 27 Nivoso del año II, por un “Conservatorio del Museo”, la presidencia del cual estaba a cargo de Fragonard, a sugerencia de Louis David, que era su verdadero animador. Los conservadores no comprendían lo que era la verdadera función de un museo. Sin embargo, la creación del Museo contribuyó grandemente a la formación del gusto público y a la educación de los artistas.

En el Año V, el Louvre se convirtió en el Museo Central de Arte; y

la Convención también creó la Galería de Luxemburgo, y en Versalles, el Museo Especial y la Escuela Francesa.

La idea de reunir en un depósito nacional las obras maestras del arte francés data de la época de Alejandro Lenoir, encargado de uno de los depósitos a que se llevaban los tesoros del arte de las iglesias y particulares. Ya para 1790, tenía recogido en el antiguo convento de la reina Margarita los elementos de ese Museo de Monumentos que la Convención estableció por decreto el 18 de octubre de 1792. Desde el Año IV, el Musco de Antigüedades y de Monumentos Franceses logró, mediante los esfuerzos de sus encargados, y a pesar de pedidos que se les hacía incesantemente para enriquecer el Museo Central (el Louvre), el Panteón y Saint-Denis, progresar hasta el punto que, en 1811, poseía más de 500 monumentos clasificados en orden cronológico.

Si añadimos a estas instituciones centrales la creación de los Musées d'arrondissements (museos de distritos), decretada el 21 de enero de 1794, se comprende la amplitud de este esfuerzo en pro de la revelación artística. Toulouse tuvo el primero de estos museos; establecido por decreto el 12 de diciembre de 1793, el Museo del Mido de la República, abierto en agosto de 1795. Este decreto fue implementado por regularización consular del 14 de Fructidor del año VIII, que creó quince colecciones de pinturas en Lille, Nancy, Estrasburgo, Dijón, Lyon, Marsella, Toulouse, Burdeos, Nantes, Ruán, Caen, Rennes, Bruselas, Mayence y Ginebra. Grenoble y Montpellier fueron añadidos más tarde. Todos estos museos fueron desde un principio enriquecidos por el Estado.

Desde el punto de vista de la educación artística, los logros de la Revolución fueron a la vez conservadores y democráticos. Aunque suprimió las Academias, mantuvo al mismo tiempo el principio de la enseñanza especializada, que las había caracterizado. Pero desarrolló la enseñanza del dibujo entre clases sociales más amplias, incluyéndola en el curriculum de las escuelas centrales, y en particular la Escuela Central de Obras Públicas, que incluía la

enseñanza de la arquitectura. Las escuelas públicas de arte, la Escuela Especial de Pintura y Escultura, la Escuela Especial de Arquitectura, reemplazaron a las Academias. Las escuelas privadas siguieron funcionando y se abrieron otras; se organizaron clases nocturnas.

Finalmente, el gran interés del Estado en las organizaciones artísticas se manifestó al crearse en julio de 1793, las *Communes des Arts*, fundadas por David. No incluían artista privilegiado alguno. Abolida por la Convención, la Comuna fue reemplazada, el primero de Ventoso del año III, por la Sociedad Popular y Republicana de Artes, fundada por el grabador Sergent.

El 11 del mismo mes los miembros del Jurado Nacional constituyeron el Club de Arte Revolucionario. Estas sociedades, que se reunían en el Louvre, ejercían una gran influencia, porque estaban apoyadas por el Estado y por la autoridad de miembros como David, Sergent, Wicar, Chaudet, Prud'hon, Gérard, Tapino-Lebrun, Isabey, etc.

Por último, el 5 de Fructidor del año III, después de los acuerdos previos de la Convención para crear una “sociedad dedicada al desarrollo de las ciencias y las artes”, esta fue sancionada por una ley, más tarde completada, que creó el Instituto Nacional, siendo incluida la sección de Bellas Artes en la de Literatura.

El funcionamiento de estos distintos cuerpos estaba controlado por el Comité de Educación Pública, que supervisaba su administración hasta septiembre de 1795. Entre sus miembros estaban David, Guyton-Morveau, Thomas Lindet, Grégoire, Mathieu, Lakanal, Cloutz. Este Comité estuvo siempre apoyado por la Convención, el Comité de Salvación Pública y la Comuna de París, cuya solicitud se demostraba en los detalles más técnicos.

“Uno queda admirado —declara F. Benoit— ante la maravillosa actividad desarrollada en todas las direcciones y en las más variadas cuestiones por el Gobierno revolucionario. Es sabido que al

surgir de Termidor, se formó un partido que trató de presentar a los montañeses como hombres que decían: «Destruyamos a los sabios, borremos la luz... hagamos desaparecer las artes.» Sólo es necesario confrontar la acusación con los hechos para apreciar su verdadero valor.”

Por el contrario, ¿no proclamó Mathieu que las artes, las ciencias y la filosofía eran los “acreedores de la Revolución, por las cuales la Revolución debería hacer todo lo posible?

Este noble principio que expresa cómo se comprendía el papel de las artes en la construcción diaria de la civilización, animó todos los experimentos iluminadores que hizo la Revolución en el campo artístico. Estas innovaciones debe decirse que dieron base para mucho de lo que fue revivido por gobiernos posteriores, que obtuvieron por ello todo el reconocimiento. Napoleón, en particular, en éste como en otros campos, fue a menudo el usurpador de los éxitos y los descubrimientos de la Revolución.

### **La Revolución y los artistas**

Los nombres que hemos citado facilitan la apreciación de cómo fue acogida la Revolución por la mayoría de los artistas y por los más grandes entre ellos. Comprendieron claramente el avance que suponía para su status la proclamación de los Derechos del Hombre. Pero tenían otras pruebas de la solicitud que sentía el Gobierno Revolucionario. Aquellas obras que eran aceptadas por el Salón recibían una recompensa financiera. El Floréal del año II, un gran concurso tuvo como culminación la distribución de 442,800 livras.

Pero no fue sólo por interés personal o de clase por lo que la mayoría de los artistas apoyaron al nuevo orden. Para ellos, animados por el propio arte con una delicada sensibilidad y una comprensión más vasta de los hombres, la Revolución trajo otra libertad además de la de sus condiciones de vida. Abrió nuevas perspectivas más

allá de las comisiones y premios.

El gran movimiento que a mitad del siglo XVIII había situado a hombres como Vien, y especialmente a David, en oposición a la fácil estética de boudoir, en que los buscadores del éxito habían quedado aprisionados —un movimiento del cual el propio Fragonard no escapó—; este movimiento, nacido de una veneración admirativa por la Antigüedad, corría el riesgo de anquilosarse fatalmente en limitaciones estériles y sin vida. La Revolución le dio la fuerza de un verdadero renacimiento.

A estos hombres, imbuidos de heroísmo, vibrantes, con ambiciones de grandes logros, les dio el más grande de los temas que realmente los artistas vivos podrían desear: la liberación del hombre —en faz, gesto y conducta— de las modas y las alegorías que vilmente disfrazaban su servidumbre. Ofrecían los temas más variados: la ilustración de un nuevo orden humano. Además, a pesar de las apariencias exteriores desviadoras y las divisiones artificiales mantenidas por la enseñanza defectuosa, pueden hallarse en el arte del período revolucionario todos los gérmenes del gran surgimiento del siglo XIX.

Considerando a los artistas, ante todo, como hombres, anotemos brevemente las principales reacciones producidas en los artistas por los grandes acontecimientos y por los principales participantes en la Revolución.

Cierto que había entre ellos los que se rebelaban, emigrando: Danloux, París Ménageot, Mme. Vigée-Lebrun. Pero Vien, David, Isabey, Gérard, Regnault y otros que en su técnica demostraban menos vigor, eran ante todo pintores; Greuze, Fragonard, Hubert, Rober y Prud'hon, dieron su apoyo libremente.

Ninguno, sin embargo, se identificó con la Revolución, al extremo de Louis David. Nacido en 1748, David tenía cuarenta y ocho años cuando ocurrieron las primeras expresiones revolucionarias. Este admirador de la Antigüedad, en la que halló fuentes de viril inspi-

ración, descubrió en la Revolución un tema digno de su genio. El *Serment du Feu de Paume*, *La Mort du Jeune Bara*, los retratos de Lepelletier de Saint-Fargeu, del miembro de la Convención. Gérard con su familia, de Milhaud y especialmente de Marat asesinado, demostraban una alianza dialéctica de la más profunda apreciación de la Antigüedad con una apreciación semejante de la realidad revolucionaria. Pero David también era un incansable organizador de grandes fiestas revolucionarias: el triunfo de Voltaire, la conmemoración de la toma de Tolón, las de las muertes de Viala y de Bara. Después de haber respaldado al Imperio, murió en el exilio, en Bruselas, en 1825.

Prud'hon (1758-1825), diez años menor que David, fue uno de los precursores más auténticos del romanticismo pictórico. Pintó con cariño entusiasta el cuadro de Saint-Just, y se lo regaló. Huyó después de Termidor y por algún tiempo se ganó la vida dibujando viñetas para almanaques. Volvió a la popularidad en 1799.

El papel de Fragonard durante la Revolución fue menor. Nacido en 1732, virtualmente dejó de pintar en 1794; pero participó en las reuniones del Jurado Nacional y presidió el Comité de las Artes.

Greuze, amigo de Diderot, ya era un anciano (1725-1806). Acogió a la Revolución con entusiasmo, puesto que lo vengaba del trato de la Real Academia. Pintó cuadros de Condorcet, de Dumoriez, de Robespierre y de Théroigne de Méricourt.

Otros artistas que se desarrollaron durante el siglo XVIII fueron retratistas de las personalidades de la Revolución o decoradores de sus cuadros plásticos: Ducreux (1733-96). Boze, Colson padre (1733-1803), Robert Lefèvre (1756-1830), y Hennequin (1763-1833), que era, además, un jacobino completo. Otros ocuparon puestos en los Comités de los museos o las escuelas, tales como Duplessis (1725-1802), Huberto Robcrt (1733-1808), Moreau (1741-1814), Vincent (1746-1816), Lagrenée, hijo (1740-1821), Gamelin (1735-1803).

Otros, aunque no dedicaban su arte a los acontecimientos o a los hombres, realizaron, sin embargo, su obra en medio del fervor público, O se les facilitó su carrera por el estímulo que el Gobierno Revolucionario dio al arte. Regnault (1754-1829), Isabey (1767-1855). Gérard (1770-1837). Gros (1771-1835), Swedbach (1769-1823), son de los que deben su formación a esta gran época y a las tendencias que originó. Boilly (1771-1823) conquistó una fama precoz pintando con más diligencia que emoción el Triunfo de Marat.

Los retratos y los paisajes fueron popularizados por un gran número de grabadores, tales como Monet, Alix, Levachez, Descourtis, All Alláis, Coqueret, Coppia y Debucourt.

Los escultores que desempeñaron un papel en el período revolucionario o que se inspiraron en éste, son menos numerosos que los pintores. Chaudt, (1763- 1810) y Basio (1768-1846) fueron principalmente hombres del Imperio. Pero Pajou (1730-1809) y Chinard (1756-1813) fueron hombres de la Revolución. Houdon (1741-1828), uno de los más grandes escultores de todos los tiempos, esculpió efigies de filósofos, enciclopedistas y de personalidades activas durante el período revolucionario; una obra de sin igual intensidad.

El período revolucionario, propiamente hablando, no tuvo mucho tiempo ni ocio para edificar. Los arquitectos, formados en su mayoría en el estudio de la sociedad antigua, hicieron pocos esfuerzos por utilizar las fórmulas clásicas a fines del siglo XVIII. Pero la insuficiencia de sus medios y las modificaciones introducidas en la técnica por el nuevo uso del esqueleto de metal impidió que la arquitectura hallase un estilo nacional correspondiente al surgimiento hacia adelante de una nueva clase social. Traída de nuevo al servicio de la gloria, de un maestro y del culto de los recuerdos, la arquitectura se mantuvo, a comienzos del siglo XIX, fríamente arqueológica.

## Conclusión

No es posible extender más este relato, que se hace monótono en su seca brevedad.

Sería necesario penetrar más en la vida de las artes durante el período revolucionario para apreciar, tomando en cuenta las cualidades humanas que sobreviven, el fermento activo que introdujo la Revolución en este campo aún demasiado desconocido.

La elevación del nivel social de los artistas, la creación de museos, el desarrollo y la democratización de la educación, la libertad para exhibir y toda otra clase de estímulo, transformaron poderosamente las condiciones de vida del artista, reorientando las preocupaciones artísticas y posibilitando el estudio técnico que enriqueció el siglo xix. Además, el gusto público, adaptado a las nuevas condiciones económicas, halló en las revelaciones de los museos los medios para formar una cultura cada vez más rica.

Los efectos de la Revolución sobre la evolución de las artes estuvieron lejos de ser tan poco considerables como podría creerse por el silencio interesado de muchos historiadores. Fueron, por el contrario, importantes; y más meritorios aún, puesto que la Revolución no tenía el tiempo ni las facilidades para desarrollarlos. Fueron duraderos también, como todas las instituciones revolucionarias que revelan de nuevo su valor, en cuanto manos purificadoras las libran de las ataduras impuestas por el sistema capitalista que, a pesar de todo, no ha logrado destruirlos.

En una época en que los regímenes fascistas, esas enfermedades de degeneración capitalista, están exiliando a los artistas y destruyendo obras de arte, es nuestro deber meditar sobre los grandes ejemplos de cultura y fervor civilizador que nuestros antepasados de 1789 y de 1793 nos han legado.

Si enjuiciamos con justeza la situación, veremos que la Revolución Francesa, y la nación misma, se hallaron en un principio, una y otra

vez, en inminente peligro de destrucción. Fueron salvadas, una y otra vez, por el constante sacrificio de las masas, y por su unidad y solidaridad revolucionarias. Y este es el nudo de la cuestión: esa unidad y solidaridad, que engendraban a la vez la constancia en el sacrificio y la iniciativa creadora revolucionaria, se vieron en peligro, repetidas veces, atacadas desde muy diversas direcciones.

Los jacobinos, dirigidos de diferente modo, en diferentes épocas, por Marat, Dantón y Robespierre, no eran, realmente, el más "extremista" de los partidos políticos revolucionarios. Lejos de eso, Robespierre ha sido considerado, con justicia, como ocupando el centro exacto entre los extremistas de derecha y de izquierda. Al fin y al cabo, Dantón fue ejecutado, por decreto del Tribunal, a instigación de Robespierre, por su "moderación". Jean Jaurés, en un minucioso estudio, logró probar que Marat —calificado injustamente de "monstruo" desde que Carlyle lo calumnió— era en realidad un hombre bondadoso y apasionado de la justicia, especialmente para los más desheredados.

Todo esto nos permite situarnos en el punto de vista adecuado. Los jacobinos fueron capaces de aglutinar las masas en la mayor solidaridad y unidad posibles, porque estaban dispuestos a llegar hasta donde fuera preciso para salvar a la nación, y con ella, los logros de la Revolución. Los girondinos, como representantes de las capas superiores ricas de la burguesía eran fieles adictos a la Revolución hasta el punto en que el poder quedara en manos de la clase a que pertenecían.

La dificultad práctica era que esta capa superior de la burguesía no podía mantener tal situación sin llamar a la acción, no sólo al resto de la burguesía, sino todavía más a la totalidad de las masas populares, y éstas no podían ser incitadas a la acción política sin que se despertara en ellas la convicción de la necesidad de lograr, para sí mismas, la emancipación completa, y el convencimiento de la fuerza que poseían para lograrla. Y el corolario irónico-trágico de todo ello fue que los girondinos —que, en su origen, hay que re-

cordarlo, habían pertenecido al club de los jacobinos, y cuyos miembros tenían por lo menos parte de responsabilidad en el levantamiento del 10 de agosto de 1792—, cuando llegaron al punto en que querían detener la marcha de la Revolución y empezar la “restauración del orden”, hallaron al país en situación tal, que detener la marcha de la Revolución significaba romper la unidad revolucionaria que era la única barrera entre la nación y su esclavización por los invasores contrarrevolucionarios.

Los jacobinos, que combatieron a los girondinos, eran los representantes de la burguesía más perspicaz, así como de las masas populares, urbanas y rurales. La ironía histórica que encerraba la situación es que la Revolución no podía ser salvada para la burguesía sin un intento desesperado —y que los jacobinos, por muy a disgusto que fuese, tenían que encabezar—, por convertirla, en algo más que una revolución burguesa: en algo que se pareciese mucho a una revolución proletaria socialista.

El empeño jacobino de elevar o por lo menos mantener el valor de los *assignats*, su ejecución de las ventas de las tierras confiscadas, su empeño en establecer una constitución idealmente democrática (en la Constitución de 1793), su dirección del Terror contra los especuladores, los manipuladores de dinero, los generales incompetentes y traidores, y, en general, contra todos los “quintacolumnistas” son otros tantos casos que nos muestran claramente la presión de las necesidades populares, y el hecho de que, después de todo, los jacobinos fueron históricamente, el instrumento de las masas que ellos levantaron, organizaron y a las que ayudaron a expresarse.

Aclamamos a la Revolución Francesa. Felizmente, no necesitamos ser ni girondinos ni jacobinos, ni partidarios de Dantón, ni de Robespierre, de Marat ni de Hébert. Estamos por la Revolución entera, como batalla gigantesca ganada en la marcha de la humanidad hacia adelante; y nos unimos a nuestros camaradas franceses en la convicción de que su recuerdo es signo imperecedero de que en

nuestros días también volverá a triunfar el pueblo, y que esta vez su triunfo perdurará. ■